

nocido á su hijo, á su Pollito de otro tiempo. Por primera vez notaba que era ya un hombre, que ya no era suyo, que iba á vivir aparte, sin ocuparse de los pobres viejos. Se la figuró que en un solo día se había transformado. ¡Cómolo! ¿Era su hijo, el pobre niño que antes la hacía picar ensaladas, aquel fuerte mocetón barbudo cuya voluntad iba cobrando firmeza?

Y durante tres meses Pablo no fué á ver á su familia sino de tarde en tarde, siempre agitado por el deseo evidente de marcharse en seguida, tratando de ganar una hora cada noche. Esto asustaba á Juana; pero el barón la consolaba siempre diciéndola:

—Déjale que haga lo que quiera; el niño tiene ya veinte años.

En esto, un viejecillo mal vestido, que hablaba un francés chapurrado, con ligero acento alemán, se presentó en el castillo y preguntó por «la señora vizcondesa.» Y después de muchos saludos ceremoniosos sacó del bolsillo una sucia cartera, diciendo:

—Tengo aquí una cartita para vos.

Y desplegándole, alargó un pedazo de papel

grasiento. Juana lo leyó, lo volvió á leer, miró al judío, y le preguntó:

—Y esto, ¿qué es?

El hombre, muy cumplimentero, lo explicó.

—Yo os lo diré. Vuestro hijo necesitaba algún dinero, y como yo sé que sois una buena madre, le he prestado un poco para sus atenciones.

Juana temblaba.

—Pero, ¿por qué no me lo ha pedido á mí?

El judío explicó muy detenidamente que se trataba de una deuda de juego que tenía que pagar al día siguiente, antes de las doce de la mañana; que Pablo no era aún mayor de edad, por lo cual nadie le hubiera prestado un cuarto, y que «su honor estaba gravemente comprometido» á no ser por «el pequeño servicio que él había hecho al joven.»

Juana quería llamar al barón, pero no podía levantarse: hasta tal punto la paralizaba la emoción. Por fin dijo al usurero:

—¿Queréis hacerme el favor de llamar?

Vacilaba éste, temiendo algún lazo, y balbuceó:

—Si esto os impone algún sacrificio, volveré.



Ella dijo que no con la cabeza. Llamó el ju-  
dío, y los dos esperaron en silencio, sentados  
uno enfrente del otro.

El barón comprendió en seguida de lo que  
se trataba. El recibo era de mil quinientos fran-  
cos; pagó mil, y mirando fijamente á aquel  
hombre, le dijo:

—Sobre todo, no volváis.

El usurero dió las gracias, saludó y se mar-  
chó.

El abuelo y la madre salieron en seguida  
para el Havre; pero al llegar al colegio supieron  
que, desde hacía un mes, Pablo no parecía por  
allí. El director había recibido cuatro cartas fir-  
madas «Juana» anunciando una indisposición  
de su hijo, y dando noticias suyas. Cada carta  
venía acompañada de un certificado facultativo;  
todo falso, naturalmente. Estas noticias les de-  
jaron aterrados, y mirándose sin decir una pa-  
labra, permanecieron mucho tiempo.

El director, apenado, les condujo á casa del  
comisario de policía; aquella noche se quedaron  
en el hotel.

Al otro día fué detenido el joven en casa de  
una *entretendida* de la ciudad. Su abuelo y su

madre se lo llevaron á los *Pueblos*, sin que en  
todo el camino se cambiase una palabra entre  
los tres. Juana llevaba oculto el rostro en el pa-  
ñuelo. Pablo miraba con aire indiferente la cam-  
piña.

En ocho días descubrieron que durante los  
tres últimos meses había contraído deudas por  
valor de quince mil francos. Los acredores no  
habían acudido, porque sabían que pronto sería  
mayor de edad.

No tuvieron ninguna explicación, porque  
querían reconquistarle por medio de la dulzura.  
Le daban á comer manjares delicados, le mima-  
ban, le hacían fiestas. Era la primavera; le alqui-  
laron una barca en Iport, á pesar del miedo de  
Juana, para que pudiese dar, cuando quisiera,  
largos paseos por el mar. Por miedo á que se  
fuera al Havre no le entregaban un caballo.

El joven vivía allí sin hacer nada, siempre de  
mal humor, brutal á veces. El barón se preocu-  
paba al ver que no acababa sus estudios. Juana,  
á quien el pensamiento de una nueva separa-  
ción enloquecía, se preguntaba, sin embargo,  
lo que iba á hacer con él.

Una noche no volvió. Supieron que había



salido en barca con dos marineros; su madre, desconsolada, bajó, sin nada á la cabeza, hasta Iport, ya entrada la noche. Unos cuantos hombres esperaban en la playa la vuelta de la embarcación.

Apareció á lo lejos un punto de fuego, que se fué acercando, columpiándose. Pablo no venía á bordo. Se había hecho conducir al Havre.

La policía le buscó inútilmente: no le encontró. La joven que en su primera desaparición le había ocultado, había desaparecido también, sin dejar huella, después de pagar sus alquileres y vender su mobiliario. En el cuarto de Pablo hallaron dos cartas de aquella mujer, que, al parecer, estaba loca por el joven. En ellas hablaba de un viaje á Inglaterra, para el cual, decía, contaba con los fondos necesarios.

Y los tres habitantes del castillo vivieron silenciosos y sombríos en el oscuro infierno de los tormentos morales. Los cabellos de Juana, grises ya, habían encanecido por completo; la pobre se preguntaba ingenuamente qué había hecho en el mundo para que el destino la maltratase de aquel modo.

En esto recibió una carta del padre Tolbiac. «Señora, la mano del Todopoderoso pesa sobre vos. Le habéis rehusado vuestro hijo; Él os lo ha tomado á su vez para arrojárselo á una prostituta. ¿No os hará abrir los ojos esta enseñanza del cielo? La misericordia del Señor es infinita. Quizá os perdone si volvéis á prosternaros ante Él. Yo soy su indigno servidor; yo os abriré la puerta de su casa cuando vengáis á llamar á ella.»

Largo tiempo permaneció con esta carta en su regazo. Tal vez era verdad lo que aquel sacerdote la decía. Y todas las incertidumbres religiosas pusiéronse á desgarrarla la conciencia. ¿Podía ser Dios vengativo y celoso como los hombres? Pero si no era celoso, nadie le temería, no le adoraría nadie. Sin duda para dárse-nos mejor á conocer se manifestaba á los humanos con sus propios sentimientos. Y entrando en ella la duda cobarde que empuja á la Iglesia á los que vacilan, á los que no tienen tranquilidad, un día, al caer de la tarde, entró furtivamente en el presbiterio, y arrodillándose á los pies del enflaquecido sacerdote, solicitó la absolución.



El padre Tolbiac la prometió un semi-perdón.

—Dios, la dijo, no puede derramar todas sus gracias sobre un techo que cobija á un hombre como el barón. Pronto, añadió, sentiréis los efectos de la divina Mansedumbre.

En efecto, dos días después recibió carta de su hijo. En el desvanecimiento de su dolor la consideró como el principio de los consuelos que el sacerdote la había prometido.

«Mi querida mamá: No estés inquieta por mí. Estoy en Londres, bien de salud, pero muy necesitado de dinero. No tenemos un cuarto, y hay días que los pasamos sin comer. La que me acompaña, y á quien quiero con toda mi alma, ha gastado cuanto tenía, ¡cinco mil francos! por no abandonarme, y ya comprenderás que mi honor está comprometido en devolverla cuanto antes esa cantidad. Mucho te agradecería que, puesto que pronto voy á ser mayor de edad, me adelantaras unos quince mil francos sobre la herencia de papá; me sacarías de un gran apuro.

»Adiós, mi querida mamá; te abrazo con todo mi corazón, como igualmente á abuelito y á tía

Lison. Espero volverte á ver muy pronto. Tu hijo,

VIZCONDE PAUL DE LAMARE.»

¡La había escrito! Es decir, no la olvidaba. No pensó en que la pedía dinero. Se lo enviaría, puesto que lo necesitaba. ¿Qué es el dinero? ¡La había escrito!

Y, llorando, corrió á llevar la carta al barón. Llamóse á tía Lison; palabra por palabra, y discutiendo sobre cada frase, volvieron á leer aquella hoja escrita que hablaba de él.

Juana, saltando de la desesperación absoluta á una especie de embriagadora esperanza, defendía á Pablo.

—¡Vendrá, va á venir, puesto que ha escrito! El barón, más sereno, dijo:

—De todos modos, nos ha dejado por esa mujer. La ama más que á nosotros, puesto que no ha vacilado en irse con ella.

Un dolor súbito y espantoso atravesó el corazón de Juana, é inmediatamente despertó en ella el odio hacia aquella querida que le robaba su hijo; un odio implacable, salvaje, odio de madre celosa. Hasta entonces todo su pen-



samiento había sido para Pablo; costábale trabajo pensar que una tunanta había sido causa de sus extravíos. Pero de pronto esta reflexión de su padre había evocado á su rival, habíale revelado su fatal poder, y sintió que entre esta mujer y ella empezaba una lucha encarnizada, comprendiendo que más quisiera perder á su hijo que dividirlo con la otra.

Toda su alegría se disipó.

Enviaron los quince mil francos, y pasaron cinco meses sin recibir noticias suyas.

Al cabo de ellos se presentó un agente de negocios para arreglar los detalles de la herencia de Julián. Juana y el barón dieron las cuentas sin discutir, abandonando hasta el usufructo, que era de la madre. Cuando Pablo volvió á París recibió ciento veinte mil francos. Entonces escribió cuatro letras, en seis meses, dando noticias suyas, en estilo conciso, y terminando con frías protestas de ternura. «Trabajo, decía; he encontrado una posición en la Bolsa. Cualquiera día pienso ir á abrazaros.»

No hablaba ni una palabra de su querida, y este silencio decía más que si hubiera escrito cuatro páginas hablando de ella. En aquellas

cartas frías Juana sentía la presencia de esa mujer emboscada, implacable, enemiga perpetua de las madres: la querida.

Los tres solitarios hablaban entre sí de lo que podían hacer para salvar á Pablo, y no se les ocurría nada. ¿Ir á París? ¡Y para qué!

El barón decía:

—Hay que dejar que su pasión se gaste. Él solo volverá.

Y su vida era digna de lástima. Juana y tía Lison iban á la iglesia, recatándose del barón.

Pasó mucho tiempo sin tener noticia alguna; una mañana recibieron una carta que los dejó aterrados:

«Mi pobre mamá: Estoy perdido; no tengo más que levantarme la tapa de los sesos si no vienes en mi ayuda. Acaba de fracasar una especulación que presentaba para mí todas las probabilidades de éxito apetecibles, y debo ochenta y cinco mil francos. No pagar, es el deshonor, la ruina, la imposibilidad de hacer nada en la vida. Estoy perdido. Te lo repito; me pegaré un tiro antes que sobrevivir á mi vergüenza. Tal vez lo hubiera hecho ya sin los



consuelos de una mujer de quien no te hablo nunca, y que es mi Providencia.

Te abrazo desde el fondo de mi corazón, querida mamá, y quizá por última vez. Adiós.

PABLO.»

Adjuntos á esta carta venían legajos de papeles en que se daban explicaciones detalladas acerca del desastre.

El barón respondió á vuelta de correo, y partió para el Havre, con objeto de enterarse; allí hipotecó tierras para procurarse el dinero que había que enviar á Pablo.

El joven contestó con tres cartas de entusiastas agradecimientos y ternuras apasionadas, anunciando su vuelta inmediata para abrazar á sus queridos parientes.

No volvió.

Pasó un año.

Juana y el barón iban á salir para París con objeto de intentar el último esfuerzo, cuando supieron, por una carta, que estaba otra vez en Londres, montando una empresa de vapores-correos con la razón social: PABLO DELAMARE Y COMPAÑÍA. Escribía:

«Es la fortuna asegurada para mí, tal vez la riqueza. Y yo no expongo nada. Ya veis qué ventaja. Cuando vuelva á veros me habré hecho con una buena posición en el mundo. No hay como los negocios para salir de apuros.»

Tres meses después la Compañía de vapores se declaró en quiebra, y se perseguía al director por irregularidades en las escrituras comerciales. Juana sufrió una crisis nerviosa, que duró varias horas. Después tuvo que guardar cama.

El barón salió para el Havre, se enteró, vió abogados, agentes de negocios, procuradores, notarios; comprobó que el déficit de la Sociedad *Delamare* ascendía á doscientos treinta y cinco mil francos, é hipotecó sus bienes otra vez, quedando gravados por una enorme suma el castillo y las dos granjas colindantes.

Una noche, hallábase arreglando las últimas formalidades en el despacho de un agente, cuando cayó al suelo con un ataque de apoplejía. Un hombre á caballo avisó á Juana. Cuando ésta llegó, su padre había muerto.

Llevóse el cadáver á los *Pueblos*, tan aniquilada, que su dolor era más bien aplamamiento que desesperación.



El padre Tolbiac negó al cuerpo la entrada en la iglesia, á pesar de las súplicas é instancias de las dos mujeres trastornadas. El barón fué enterrado al caer la tarde sin ceremonia alguna.

Pablo supo lo ocurrido por uno de los agentes de su quiebra. Aún seguía escondido en Inglaterra. Escribió excusándose de no haber acudido por nó haber recibido á tiempo la noticia. «Por lo demás, decía, ahora que me has sacado del apuro, mi querida mamá, vuelvo á Francia y te abrazaré muy pronto.»

Juana vivía en tal abatimiento de ánimo, que, al parecer, no comprendía nada.

Y hacia últimos del invierno, tía Lison, que entonces tenía sesenta y ocho años, fué atacada de una bronquitis que degeneró en fluxión de pecho, y se murió sin sentir, balbuceando:

—¡Pobre Juanita mía! Voy á pedir á Dios que tenga lástima de ti.

Juana la siguió al cementerio; vió cómo caía á tierra sobre el ataúd, y cuando estaba á punto de desmayarse deseosa de morir también, de no sufrir más, de no pensar más, una forzada campesina la cogió en sus brazos y se la llevó como si fuera una criatura.

De vuelta en el castillo, Juana, que acababa de pasar cinco noches á la cabecera de la anciana, dejó que la acostase, sin resistencia, aquella aldeana desconocida que la manejaba dulcemente y con autoridad; y cayó en un sueño de agotamiento, abrumada de fatiga y de pesar.

Despertóse al mediar la noche. Sobre la chimenea ardía una lamparilla; una mujer dormía en un sillón. ¿Quién era aquella mujer? Juana no la reconocía, é inclinada sobre un lado de la cama, trataba de distinguir bien sus facciones al resplandor oscilante de la mecha que flotaba sobre el aceite de una taza.

Parecía, sin embargo, que había visto aquella cara. ¿Cuándo? ¿Dónde? La mujer dormía apaciblemente, con la cabeza echada sobre un hombro, su cofia había caído al suelo. Podría tener unos cuarenta ó cuarenta y cinco años; era fuerte, colorada, fornida, varonil. Sus anchas manos colgaban á un lado y otro del sillón. Sus cabellos eran grises. Juana la miraba con obstinación en ese trastorno del despertar después de un sueño febril que sigue á las grandes desgracias.

Con seguridad había visto aquella cara. ¡Ha-



cía mucho tiempo? ¿Hacía poco? No lo sabía, y esta idea, preocupándola, la abrumaba. Levántose con mucho tiento, y se acercó á ella en puntillas. Era la mujer que la había levantado en el camposanto primero, que la había acostado después. Todo lo recordaba confusamente.

Pero ¿se la había encontrado en otra parte, en otra época de su vida, ó sólo la sentía renacer en el oscuro recuerdo del último día? Además, ¿cómo estaba allí, en su cuarto? ¿Por qué?

La mujer abrió los ojos, vió á Juana, y se puso en pie rápidamente. Estaban una enfrente de otra, tan cerca que sus pechos se tocaban. La desconocida refunfuñó:

—¿Qué es esto? ¿Levantada ya? ¿Queréis coger ahora una enfermedad? Hacedme el favor de volveros á la cama.

Juana la preguntó:

—¿Quién sois?

Pero la otra, abriendo los brazos, la cogió, y con la fuerza de un hombre la acostó otra vez. Y al tiempo de dejarla con cuidado sobre las sábanas, inclinada, acostada casi sobre ella, se echó á llorar, besándola con fuego en las

mejillas, en los cabellos, en los ojos, bañándola en lágrimas el rostro, y balbuceando:

—Pobre amita mía, señorita Juana, pobre amita mía: ¿no me reconocéis?

Y Juana exclamó:

—¡Rosalía, hija mía!...

Y echándola ambos brazos al cuello, la estrechó contra sí, besándola; y las dos juntas sollozaban, estrechamente abrazadas, mezclando sus lágrimas, sin poder separar sus brazos.

Rosalía fué la primera en serenarse.

—Vamos, hay que ser buena y no coger frío.

Recogió las ropas de la cama, apretándolas contra el cuerpo de Juana, y colocó sobre la almohada la cabeza de su antigua ama que, palpitante por los recuerdos evocados en su alma, continuaba sollozando.

Por fin acabó por preguntar:

—¿Cómo es que has vuelto, hija mía?

Rosalía contestó:

—¡Caramba! ¡Iba á dejaros así, sola como estáis?

Juana continuó:

—Enciende una luz para que te vea.

Y cuando la luz ardió sobre la mesa de no-



che, largo rato estuvieron mirándose sin decir una palabra. Luego Juana, tendiendo la mano á su criada, murmuró:

—Nunca te hubiera reconocido, hija mía; estás muy cambiada, ¿sabes? pero no tanto como yo.

Y Rosalía, contemplando á aquella mujer de cabellos blancos, delgada y marchita, á quien había dejado joven, fresca y hermosa, la contestó:

—Es verdad que estáis muy cambiada, señora, y más que debíais estarlo. ¡Pero pensad que hace ya veinticuatro años que no nos vemos!...

Calláronse, reflexionando de nuevo. Juana, por fin, balbuceó:

—¿Has sido feliz, siquiera?

—Y Rosalía, vacilando ante el temor de despertar algún recuerdo demasiado doloroso, balbuceaba:

—Pues... sí... sí... señora. No he tenido mucho de que quejarme; he sido más feliz que vos... lo que es eso, con seguridad. Sólo una cosa me ha hecho daño siempre: no haber continuado aquí.

Después de esto, se calló bruscamente, te-

miendo haber dicho esto sin pensar lo que decía. Pero Juana añadió con dulzura:

—¡Qué quieres, hija mía! No siempre hace una lo que quiere. ¿Tú también estás viuda, verdad?—Una angustia hizo temblar su voz, y añadió:—¿Tienes más... más hijos?

—No, señora.

—Y ese, tu... tu hijo..., ¿qué ha sido de él? ¿Estás contenta?

—Sí, señora; es un buen muchacho que trabaja de verdad. Se ha casado hace seis meses, y se hará cargo de la granja ahora que yo vengo á vivir con vos.

Temblando de emoción, murmuró Juana:

—¿Es decir que no me abandonarás ya, hija mía?

Y Rosalía, con tono brusco:

—Naturalmente, señora; en eso pienso.

Pasó mucho tiempo sin que se dijeran nada.

A pesar suyo, poníase Juana á comparar sus existencias, pero sin amargura en el corazón. Resignada ya á las crueles injusticias de la suerte, la dijo:

—¿Qué tal fué tu marido para ti?

—¡Oh! Era un buen hombre señora, nada



holgazán, y que supo hacer una fortuna. Ha muerto tísico.

Entonces Juana, sentándose en la cama, poseída de la necesidad de saber, dijo:

—Vamos, cuéntame toda tu vida, hija mía. Eso me hará bien.

Y acercando una silla, Rosalía se sentó, y se puso á hablar de ella, de su casa, de su gente, entrando en los menudos pormenores que son tan caros á los campesinos, describiendo su corral, riéndose á veces de cosas ya viejas que la recordaban buenos ratos pasados, levantando poco á poco la voz, como labradora acostumbrada á mandar. Terminó diciendo: — ¡Oh, ahora soy rica! No temo nada. — Turbóse, y añadió en voz más baja: — A vos os lo debo todo; así es que no quiero que me déis nada. Con esta condición me quedo; si no, me voy.

Juana, añadió:

—Sin embargo, ¿supongo que no querrás servirme de balde?

— ¡Pues ya lo creo que sí, señora! ¡Dinero! ¿Me daríais dinero?... ¡Pero si tengo tanto como vos! ¿Sabéis siquiera lo que os queda con tanto

embrollo de préstamos, hipotecas é intereses que no se pagan á su debido tiempo y se acumulan al capital? ¿No lo sabéis, verdad? Pues bien; yo os aseguro que no tenéis ni diez mil libras de renta. Ni diez mil, entendedlo bien. Pero yo voy á arreglar esto, y de seguida.

Habíase puesto á hablar en voz alta, acalorándose, indignándose ante aquellos bienes descuidados, aquella ruina que amenazaba. Y al ver pasar una vaga sonrisa por los labios de su ama, exclamó muy seriamente:

—No hay que reirse de estas cosas, señora, porque los nobles sin dinero no son más que los villanos.

Juana la cogió las manos conservándolas entre las suyas; luego pronunció lentamente, perseguida sin cesar por un pensamiento dominante:

— ¡Oh! Lo que es yo, no he tenido suerte. Todo se me ha puesto mal. La fatalidad se ha encarnizado conmigo.

Pero Rosalía movió la cabeza:

—No hay que decir eso, señora; no hay que decir eso. Os habéis casado mal; eso es todo.



No debe una casarse así como así, sin conocer siquiera á su futuro.

Y siguieron hablando de sí como hubieran podido hacerlo dos antiguas amigas.

Cuando salió el sol, todavía estaban hablando.

## XII

En ocho días tomó Rosalía el gobierno absoluto de las cosas y gentes del castillo. Juana obedecía pasivamente. Débil, y arrastrando los pies como antiguamente mamaíta, salía del brazo de su criada, que la hacía pasear poco á poco, la sermoneaba, la consolaba con frases tiernas y bruscas, tratándola como á una niña enferma.

Siempre estaban hablando del pasado; Juana con lágrimas en los ojos, Rosalía con el tono tranquilo de los aldeanos impasibles. La antigua doncella volvió varias veces sobre la cuestión de los intereses que se pagaban; luego exigió que Juana, que no entendía nada de esto, la entregase los papeles que guardaba, avergonzada por su hijo. Durante una semana, Rosalía hizo un viaje diario á Fécamp para que un No-